

queza, no dejó de causar en ellos Cibola grandísimo asombro, pues dicha ciudad constituía un solo cuerpo coronado por una inmensa terraza, estando las casas colocadas una sobre otra.

Las casas del piso inferior no poseían más que pequeños huecos de ventanas, pero sin puerta alguna, y sólo podía entrarse en el interior de estas viviendas por una puerta colgante, especie de escotillón que se hallaba sobre la terraza, desde la cual descendía una escalera hasta abajo. A dicha terraza se llegaba desde la calle por medio de una escalera de mano que podía quitarse con facilidad.

Este dificultoso modo de penetrar en las casas de la terraza inferior se usa aún en todas las construcciones de Pueblo, y ha sido adoptado con el fin de hacer más difícil la conquista del lugar á los vecinos enemigos.

Las casas de los pisos superiores de la terraza tenían, por el contrario, puertas, comunicando las terrazas unas con otras por medio de escaleras de mano, de modo que desde el tejado de las primeras casas podía subirse á la segunda plataforma, y así sucesivamente.

Los huecos, bastante estrechos, de las puertas permitían la entrada en los grandes y limpios aposentos de las viviendas, que recibían la luz por unas pequeñas ventanas que se cerraban en días lluviosos ó de tempestad con planchas de selenita, yeso cristalizado, ó espejuelos. En los ángulos de la habitación veíanse hogares de extraña forma, desde los cuales salía el humo por unas chimeneas más raras aún, hechas con barro y pucheros sin fondo. Por la noche iluminaban los aposentos valiéndose de fogatas ó encendiendo una variedad del cacto empapada en aceite mineral.

La monotonía de las casas, todas ellas construídas de adobes, según hemos mencionado ya, se veía interrumpida tan sólo por las escaleras de cedro y los canalones que sobresalían á larga distancia, contribuyendo á animar el cuadro la presencia de los indios; éstos eran de figura hermosa y bien formados, y vestían ropajes de vivos colores. Veíaseles bajar y subir con gran agilidad por las escaleras y trabajar en sus diferentes oficios sobre las terrazas ó en los estrechos pasillos de las plataformas.

Los hombres, cuando no estaban en la guerra ó de caza, reuníanse en algún rincón á la usanza india, para hablar de la gloria y fama de sus antepasados; las mujeres, que eran muy hacendosas y trabajadoras, ocupábanse en tejer las telas para los vestidos, en trabajos de alfarería ó en amasar el pan. La primera de estas ocupaciones la ejecutaban lo mismo que en los tiempos primitivos, valiéndose de unos telares que se componían sólo de dos palos, de los cuales el superior se sujetaba en cualquier sobresaliente viga de la pared, mientras que el inferior descansaba en el suelo. Sin modelo alguno, tejían magníficas cubiertas de hermosos colores,

hechas de algodón ó del fino pelaje de las cabras y ovejas monteses; la cualidad principal de estas cubiertas consistía en ser impermeables. Así como cada familia tejía toda la tela necesaria para vestirse sus individuos,



Vasijas de barro pintado, de los indios de Pueblo

del mismo modo hacía los pucheros, cazuelas y vasijas necesarias; algunos hombres y mujeres habían logrado perfeccionar notablemente este oficio. Gran número de estas vasijas, hechas de un barro muy fino, recuerdan los antiguos productos etruscos ó griegos; al lado de estos acabados trabajos construían con singular destreza figuras de hombres ó animales.



Grotescas figuras de barro, de los indios de Pueblo

Veíanse figuras de los primeros, de anchas piernas ó en cuclillas, riéndose al parecer á carcajadas, con el brazo extendido, ó con la mano puesta patéticamente sobre el corazón. Los segundos representaban mochuelos, ciervos, osos, búfalos, ranas, etc., haciendo reír á veces su infantil modelado.

Los habitantes de Cibola, al igual de los de todos los demás lugares de Pueblo, eran excelentes agricultores y conocían el procedimiento de fertilizar los campos por medio del riego. Cultivaban, además del maíz, sabrosas judías, grandes calabazas, algodón, tabaco y pimientos. No sólo comían el maíz aún verde, sino que también lo molían, obteniendo de él una harina finísima con la que hacían pan. Para confeccionarlo mezcla-

ban la harina con agua formando una masa ligera, la cual extendían rápidamente con la mano sobre una losa llana caldeada. Como la masa, según se ha dicho, era poco consistente, se cocía en un momento, resultando una torta de color gris del grueso de un pliego de papel. Estas tortas las colocaban unas sobre otras hasta que alcanzaban una altura regular. Para introducir variaciones, al coger el maíz reunían las mazorcas por orden de colores, y así, cuanto más variedad de éstos tenía la harina, tanto más diferentes eran las capas del pan, apareciendo tan pronto grises como amarillentas, verdes, color de café ó rojizas.

Los indios de Pueblo (este era el nombre que daban los españoles á aquellos indígenas) eran idólatras del sol, y todas las mañanas, poco antes de salir éste, subían los sacerdotes á las terrazas más altas de las casas, para desde allí, entre continuados rezos, dirigir afanosas miradas hacia Oriente. Era además objeto de gran veneración el agua, puesto que de su existencia dependía principalmente, en aquellos pedregosos y estériles países, la vida de todos. Tenían gran número de oraciones y cantos para pedir á los dioses que condujesen desde el Océano las nubes y que derramasen sobre aquellas tierras la bienhechora lluvia.

Los sacerdotes celebraban sus reuniones en aposentos subterráneos, de unos veinte metros de circunferencia, llamados *estufas*, como ya hemos dicho en el tomo primero, página 66, al tratar de aquellas construcciones cavernosas en Pueblo Bonito.

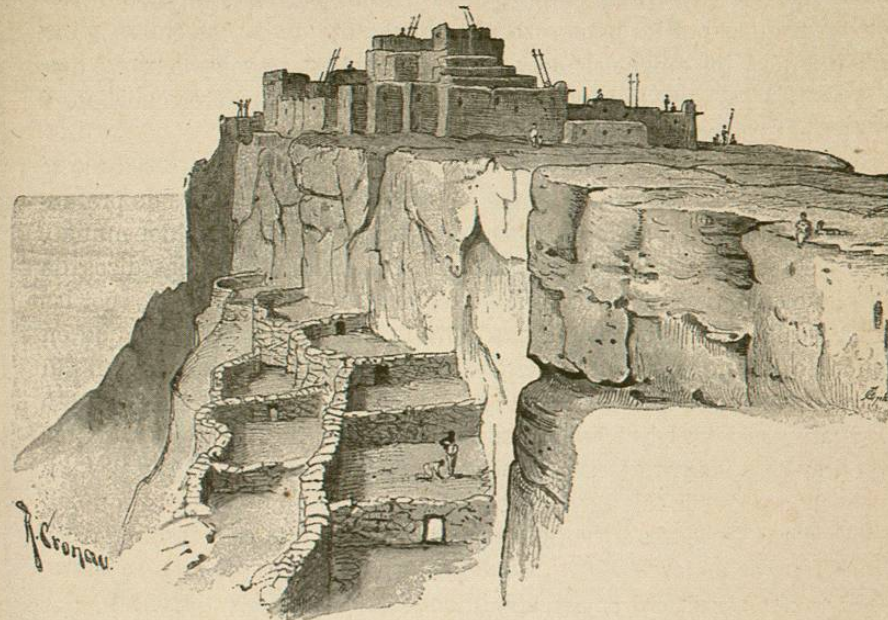
Es indudable que á los indios de Pueblo debemos considerarlos como descendientes de aquella otra tribu de los *cliff dwellers* que construían sus viviendas de tierra y piedras sobre las cimas y hendiduras de los casi inaccesibles paredones de piedra, como si fueran nidos de águilas. Las noticias que damos en el tomo primero nos servirán para completar nuestro grabado.

Durante su permanencia en Cibola tuvo noticia Coronado de que al Noroeste de esta ciudad había otro segundo reino con siete ciudades. Su nombre era Tusayán, y á él envió á don Pedro de Tobar con diez y siete jinetes y algunos soldados de infantería. Este penetró hasta el territorio de los indios de Moqui, que aún existen en el mismo sitio, y que al igual de los habitantes de Cibola construían sus viviendas sobre altas rocas apenas accesibles. Los siete ciudades de estos indios existen todavía y llevan los nombres de Oraibe, Schungapavi, Mischongenavi, Schipaviluvi, Wolpi, Schichoamavi y Tewa.

Una de las más interesantes es Wolpi, situada sobre una alta roca. La dificultosa subida que conduce á ella termina al pie de un paredón de piedra cortado perpendicularmente; así es que el que quiere visitarla tiene que pasar por un sitio sumamente peligroso, estrecha hendidura en

la cual hay practicados unos agujeros en forma de media luna para poder colocar los pies y las manos, pues de otro modo no sería posible la ascensión.

Se comprende fácilmente que esta dificultad facilitaba mucho á sus



Wolpi, pueblo de los indios de Moqui, en la antigua provincia de Tusayán
(Dibujado por Rodolfo Cronau)

habitantes la defensa, y parece ser que Pedro de Tobar y su gente trataron en vano de apoderarse de uno de estos pueblos (1).

(1) El mayor J. W. Powell, el célebre explorador del territorio del cañón del río Colorado, halló entre los actuales habitantes de Oraibe tradiciones que se remontaban á la época de la primera visita de los españoles á Tusayán, y acerca de esto dice, en su artículo *The ancient province of Tusayán* (*Scribners Monthly*, vol. XI, pág. 193), lo siguiente: «En una roca de Oraibe hallé una notable escritura jeroglífica esculpida en la misma. Representaba á la izquierda tres españoles, uno de los cuales tenía en la mano una espada, y lanzas los otros dos. A la derecha y sobre ellos veíanse tres indígenas que tiraban al parecer pedazos de roca sobre los forasteros. Al lado de esta escultura se halla otra que muestra á un español tendido en tierra, cuya cabeza rocía con agua un indígena. Talti, un habitante de este pueblo, me explicó que esta escultura había sido hecha hacía muchísimo tiempo por los antepasados de los actuales habitantes de Oraibe en recuerdo á un ataque de los españoles contra esta ciudad. Que al terminar éste había sido abandonado por los españoles su jefe, que tenía una grave herida en la cabeza á consecuencia de una pedrada; pero los habitantes de Oraibe habíanle recogido y cuidado esmeradamente á causa de su valor, hasta que pudo ponerse en camino

En Tusayán oyeron hablar los españoles de un grande y maravilloso río que lindaba con el país por la parte Oeste á larga distancia, por lo cual Coronado, á la vuelta de Pedro de Tobar, envió á García López de Cárdenas con doce hombres á explorar su curso. Según todas las probabilidades, esta expedición emprendió la marcha por Tusayán, siendo provistos de guías por los habitantes de aquella provincia, los cuales guías condujeron á los españoles, después de una penosa marcha de veinte días á través de áridos desiertos, hasta el borde de un espantoso abismo, á cuya vista retrocedieron los españoles horrorizados.

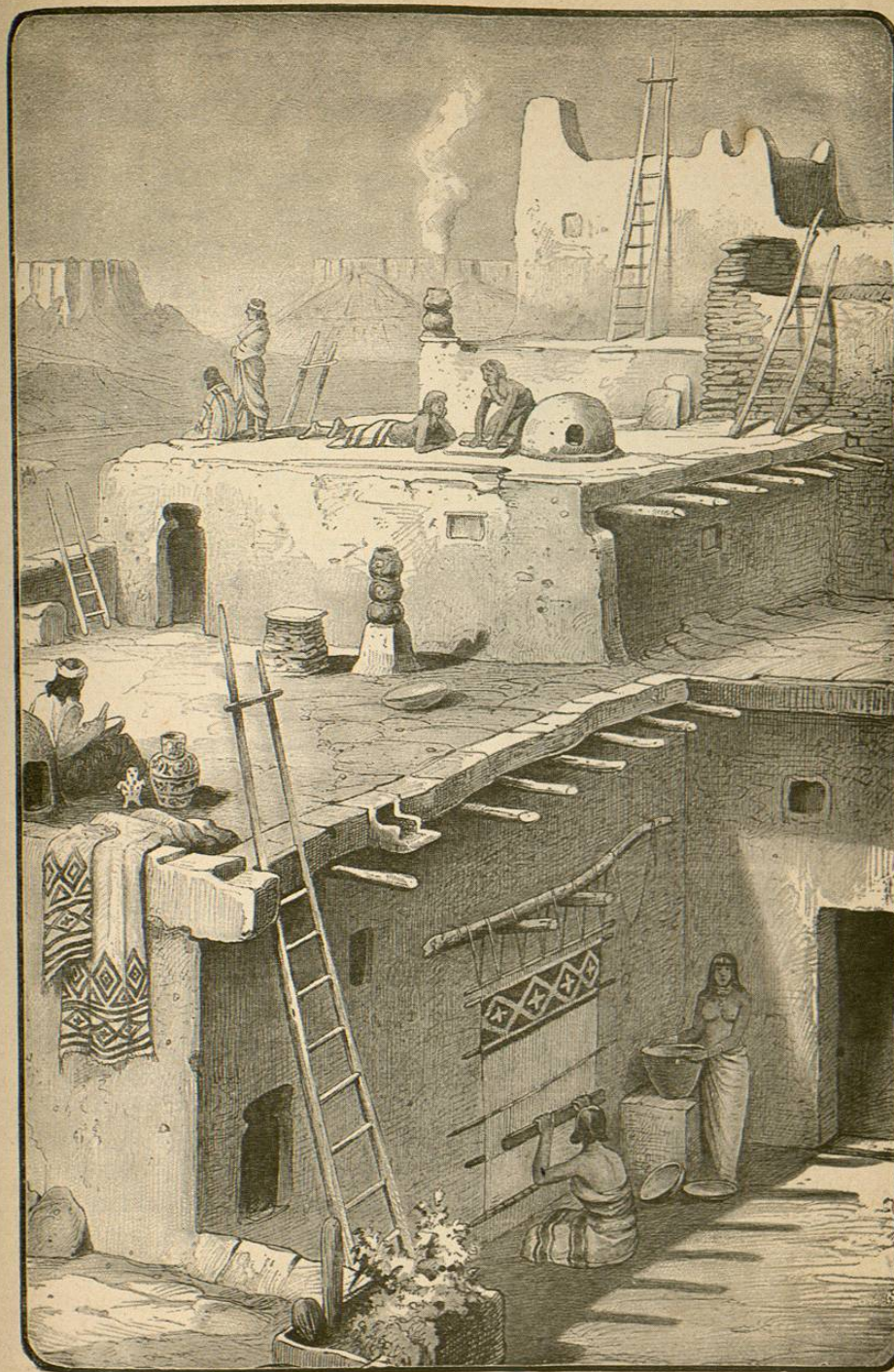
Como si la tierra hubiera sido desgarrada hasta su centro, abríase ante los ojos de los aventureros un precipicio de más de mil metros de profundidad, y que presentaba un aspecto de los más imponentes del mundo. Eran las escarpadas gargantas del Colorado, inaccesibles pasadizos de roca que en el transcurso de muchos siglos habían sido socavados por las aguas en las duras masas de arena, pórfido, granito y mármol, y que en unión de las innumerables gargantas y de las cataratas de que eran tan ricos los vecinos afluentes, formaban un intrincado y enorme laberinto de profundas simas, que embocaban unas en otras. Por entre las obscuras sombras de la mayor de éstas distinguieron los españoles á gran profundidad una pequeña faja de color rojo sucio, sin brillo ni reflejo, é inmóvil al parecer, y sin embargo aseguraban los indios que esta insignificante faja era un caudaloso y ancho río, que con vertiginosa rapidez se estrechaba contra altas rocas y formaba imponentes cascadas y torrentes.

Muchos días anduvieron los españoles por el borde de aquellos *Cañones grandes*, tratando en vano descubrir un punto desde el cual les fuese posible bajar hasta el río. Todos sus esfuerzos en este sentido resultaron infructuosos; Cárdenas y sus compañeros tuvieron que contentarse con mirar los terribles abismos, sin poder reconocerlos ni pasarlos.

Cierto es que dos de los más valientes intentaron bajar por un sitio que parecía á propósito, pero sólo pudieron llegar hasta la tercera parte de la alta muralla, y esto á costa de grandes trabajos y peligros, teniendo que retroceder sin haber conseguido su objeto. Era ya bastante tarde cuando volvieron al lado de sus compañeros, asegurando que desde el punto donde habían llegado veíase en realidad mucho más ancho el río, y que algunas rocas, que desde arriba parecían del tamaño de un hombre, eran más altas que las torres de la catedral de Sevilla.

Luego que se convencieron los españoles de la imposibilidad de llegar

para reunirse con los suyos. La descripción de estas escenas, transmitida de unos á otros, era muy animada. sobre todo cuando Talti, imitando á los españoles en su ataque, daba gritos salvajes gritando: ¡Santiago! ¡Santiago! ¡Santiago!



Casas de una aldea de Pueblo-Indio (De un dibujo copiado del natural por R. Cronau)

hasta el río regresaron á Cibola, contándole al gobernador maravillas de los altos paredones del Tizón, que tenían de tres á cuatro leguas de altura.

Cárdenas no fué el único que penetró hasta el Tizón, el actual Colorado del Oeste; casi al mismo tiempo descubrió Fernando de Alarcón, que, como se recordará, había salido con dos barcos desde La Natividad, navegando á lo largo de la costa

occidental de México, la embocadura del Tizón, que vertía sus aguas en el golfo de California, del mar de Cortés. Dejó sus barcos, y el 26 de agosto del año de 1540 subió con dos chalupas el río, y parece ser que al cabo de quince días de rudo trabajo, durante los cuales tenían que conducir los botes á la sirga, llegó á las inmediaciones del actual fuerte de Yuma, en la embocadura del Gila. Como al llegar á aquel punto le faltasen provisiones, volvió por ellas á los barcos, y el 14 de septiembre probó de nuevo á penetrar por el



Tipo de un indio de Pueblo de Nuevo México

río, al que dió el nombre de Río de Buena Guía, hacia el Norte. Según parece, Alarcón llegó hasta los 33° de latitud Norte, y al terminar su travesía erigió una cruz y dejó al pie de un gran árbol próximo á ella una copia de su diario de navegación y una descripción de su viaje, con la esperanza de que fuesen hallados por el ejército de Coronado. En la corteza del árbol grabó estas palabras: *Alarcón llegó hasta aquí; debajo del árbol hay escritos*. Después de algunas tentativas inútiles para reunirse á las tropas de aquél, volvióse Alarcón á Nueva España.

Estos documentos fueron hallados, en efecto, por Melchor Díaz, que por orden de Coronado había ido á ver si hallaba á Alarcón y sus barcos. Díaz siguió el curso del Tizón hasta cerca del cañón de éste, y cruzó en balsas dicho río, que corría en aquel territorio por anchos desiertos. Después bajó por la orilla derecha y se dispuso á explorar la península de California, pero murió víctima de un accidente, quedando con